

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO III.

Santiago, agosto 28 de 1870.

Núm. 152.

SUMARIO.

La novela i sus escollos.—Revista Bibliográfica.—A orillas del Bio-Bio.—Poesías.

LA NOVELA I SUS ESCOLLOS.

I.

La atenta lectura que poco ha hemos tenido ocasion de hacer de las novelitas que se presentaron al certámen abierto por el *Círculo de Colaboradores de La Estrella de Chile* i la imposibilidad en que por la premura del tiempo, se vió el jurado de que tuvimos el honor de formar parte, de fundar su resolucíon, nos suministran las oportuniad i hasta nos ponen, por decirlo así, en el deber de explicar a los autores de esos trabajos literarios el veredicto pronunciado, entrando en consideraciones jenerales que puedan ser útiles para los que se sientan llamados a emprenderlos en lo sucesivo.

Persiguiendo este resultado, prescindiremos de comparaciones que serían forzosamente odiosas i de apreciaciones que no puedan tener alguna importancia en si mismas i abstraccion hecha de todo trabajo especial a que pudiera talvez mas directamente aplicarse.

Los defectos que notemos, las peligrosas tendencias que señalemos, los escollos que indiquemos, tendrán sin duda un oríjen concreto, aunque no siempre único; pero en todo caso procuraremos que el estudio de esos defectos sea provechoso para el mayor número, tomando por punto de partida solo aquellos que se prestan a la deducción de advertencias i consideraciones útiles para los principiantes. No se busque, por consiguiente, en el curso de este artículo ninguna referencia determinada i precisa a

esta o aquella de las novelitas que hemos tenido el gusto de leer i el honor de juzgar, porque se buscaría en vano.

Nuestro propósito no es otro que desenvolver con la claridad i laconismo que nos sea dable ciertas reflexiones sujetadas por el conjunto de las composiciones presentadas, ofreciéndolas a la consideración de los jóvenes que principien a ejercitarse en el arte difícil de las composiciones novelescas.

II.

Prescindiendo de definiciones i de reglas que es fácil encontrar en cualquier tratado de Literatura i en las cuales casi nunca encuentra el principiante una luz que lo guíe ni una mano que lo levante, entraremos sin rodeos en el terreno de la práctica, notaremos atentamente los escollos en que va a estrellarse el mayor número i consultando la experiencia propia i la experiencia ajena, procuraremos hacer mas cómoda i segura la jornada a los que en lo sucesivo se sientan tentados a emprenderla.

La novela i la poesia son las dos alas con que el hombre atraviesa ordinariamente ese espacio tan lleno de encantos i peligros que media entre los límites de la niñez i de la edad madura. En esa época decisiva de la existencia, el hombre se siente como sofocado por su propia savia, embriagado i casi podría decirse atormetado por el desbordamiento de su vida, por el revuelto oleaje de sus impetuosos arrebatos.

Como el gran río de los egiptios, el hombre tiene una época en que sale de madre: como ese río todavía, sale de madre para destruir i para fecundizar.

Al adolescente el paso ordinario de la existencia no le basta. La lentitud de la marcha le fastidia; i hélo ahí que corre sin dignarse siquiera echar ántes una mirada sobre el terreno que van a hollar sus pies. Corre, corre; pero la carrera mas rápida es siempre una carrera sujeta a las sinuosidades

tos públicos i particulares, bancos, escuelas, colejos, templos, empresas, oficinas fiscales.—1 vol. in 8.º de 39 páj.—Imprenta Litográfica.

Hé aquí una novedad.—Esta publicacion viene a llenar una verdadera necesidad entre nosotros. Los extranjeros, el comercio, las familias i el correo urbano hacen con ella una utilísima adquisicion.

La hemos examinado mui a la lijera i así hemos podido notar muchos errores, que, no lo duden los editores del *Guía*, habrá pocos que soliciten su correccion mediando el pago de veinte centavos. La empresa misma debe verificar con esmero los domicilios i aun los nombres i oficio de las personas, que hemos visto equivocados.

Poca claridad encontramos en el *Guía*. Seriamos de parecer que se destinara una seccion especial a las oficinas públicas del orden administrativo i judicial i otra para las de empresas particulares.

Con mas claridad, mas exactitud i sobre todo con buena impresion, porque (sea dicho de paso) la que tiene es pésima, el *Guía* seria una publicacion mui útil para el vecindario i un buen negocio para sus editores.

MEMORIA que el ministro de Estado en el departamento de la Guerra (don Francisco Echáurren Huidobro) presenta al Congreso Nacional de 1870.—1 vol. in 4.º de 187 pájs. i planos.—Imprenta Nacional.—Santiago.

DON CHECCO ópera bufa en 3 actos por A. Spadetta.—1 vol. in 8.º en 31 pájs.—Imprenta de la *Libertad*.—Santiago.

EL PAPA i el Concilio por Junius.—1 vol. in 8.º de 341 pájs.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaiso.

LOS REVOLUCIONARIOS de la Independencia de Chile por José Domingo Cortés.—1 vol. in 4.º de 58 pájs.—Imprenta de *La República*.—Santiago.

Se han obsequiado por sus autores a la Biblioteca las siguientes obras:

EL IMPERIO del Brasil ante la democracia americana por J. B. Alberdi.—Imprenta de *Rochette*.—Paris.

ESPLORACION del río Madera en la parte comprendida entre San Antonio i Mamoré por F. i J. Keller.—1 vol. in 4.º de 72 pájs.—Imprenta de la *Union Americana*.—La Paz.

RESÚMEN de la historia del Ecuador des-

de su orijen hasta 1845.—Tomos 1.º i 2.º.—Lima.

Entre las producciones de fuera que han llegado a nuestras librerías se hace notar la preciosa novela titulada *Maria*, obra del jóven granadino don Jorge Isaacs, de cuyas galanas poesías tienen noticia nuestros lectores por el excelente artículo bibliográfico que publicó en las columnas de esta revista nuestro colaborador don Enrique del Solar.

MARIA no es una produccion adocenada, de esas que lanzan diariamente las prensas de Francia i que con tanta avidez devora la jeneralidad de los lectores. Hai en ella bellezas de primer orden, situaciones patéticas que conmueven i un candor de estilo que recuerda las hermosas páginas del autor de *Las Confidencias* i de *Rafael*. Isaacs, aunque mui jóven, ocupa un puesto distinguido entre los literatos de Bogotá, a los que debe inequívocas manifestaciones de cariño i estimacion. Sabemos que prepara otra novela que bajo el título de *Camilo* aparecerá mui pronto.

La edicion de *Maria* es esmerada i lleva al frente un retrato del autor. Está a venta en las librerías de *El Mercurio* i creemos que las familias se apresurarán a adquirirla, pues su moralidad e interes la hacen mui a propósito para ser un libro que se lea con gusto en el seno del hogar.

EN PRENSA: *Parnaso chileno* i *Parnaso peruano* ámbos coleccionados por don José Domingo Cortés.

A continuacion comenzamos a publicar la novelita de nuestro intelijente amigo i constante colaborador don Máximo R. Lira, que obtuvo la primera mencion honrosa en el certámen de 15 de junio pasado.

A ORILLAS DEL BIÓ-BIO.

(ESCENAS DE LA VIDA ARAUCANA.)

I.

Los araucanos se hallaban en paz con los españoles.

Después de muchos años de cruda guerra, después de innumerables combates en que por una parte i otra se habia luchado con heroísmo sin igual, las hostilidades habian terminado por medio de un *parlamento*, especie de tratado que los jefes de los españoles i los jefes de los araucanos habian ajustado con poquísima buena fé.

Esto, sin embargo, no obstaba para que los indios, manifestando la mayor confianza, acudiesen en tropel a los fuertes i ciudades españolas, atraídos unos por la curiosidad, por el interes otros, algunos, especialmente los jefes, por el deseo de disfrutar durante la paz de las comodidades de la vida civilizada.

Esto sucedia en el mes de octubre de 16... en la ciudad de Concepcion.

Los huéspedes mas notables que la ciudad tenia entonces eran los caciques Maulican i Quilalebo, que se atraian la atencion jeneral no solo por la fama de su nombre sino tambien por su gallarda apostura.

Efectivamente; los araucanos no eran por aquel tiempo la raza dejenerada i envilecida que conocemos hoy. Eran un pueblo jóven, exuberante de vida, intelijente, bravo, dotado de muchas nobles cualidades i de muchos jenerosos instintos.

Quilalebo i Maulican eran dignos representantes de este pueblo.

Tenia Maulican treinta i cinco años. Sus formas eran atléticas, su rostro atezado con facciones rijidas i espresivas; su frente, sobre todo, ancha i despejada, revelaba notable intelijencia, con esa altivez i nobleza peculiares de los hijos de las selvas i de los desiertos.

Ni era tampoco de estrañarse la majestad de su continente, pues Maulican era el jefe de las tribus indijinas i uno de los caciques mas poderosos de la Araucania.

Su *regüe* (1) estaba situado un poco mas al sur del Imperial i abarcaba una considerable estension de territorio.

Quilalebo era un poco mas jóven; tendria treinta i un años. Sus facciones eran mas regulares i las líneas de su rostro mas suaves que las del rostro de su compañero. Habia, ademias, en su fisonomia algo de triste que inspiraba simpatia, lo que le hacia parecer mas hermoso de lo que era en realidad.

Apesar de su juventud, la opinion de

(1) Dominio del cacique.

Quilalebo era de mucho peso en los consejos de los indios. Todos reconocian en aquel jóven melancólico una prudencia de anciano, una enerjia indomable i un valor que rayaba en temeridad. Por esto i por ser el representante de una larga familia de caciques, que disponia talvez de las mejores fuerzas de la Araucania, era tan respetado entre sus compañeros. Después de Maulican era él quien hacia las veces de jefe.

Jeneralmente, los indios, por lo mismo que estiman en mucho su reputacion, ven con envidia la gloria de los demas. Por eso sus tribus se encuentran frecuentemente comprometidas en guerras intestinas, que no reconocen otra causa que la ambicion de un cacique, o los celos que le han inspirado el poder de algun rival.

Sin embargo, Maulican i Quilalebo formaban escepcion a la regla. Diríase que parecian hermanos por el cariño que se profesaban i la union que entre ellos habia reinado siempre.

Si era sincero este afecto, o solo una exigencia de su situacion que los obligaba a respetarse mutuamente, nos lo dirá el curso de esta narracion. Lo que sabemos i debemos decir es que juntos habian llegado a Concepcion, que se habian hospedado juntos en una casa i juntos salian a sus visitas i paseos por las calles de la ciudad.

Hemos dicho ya que ámbos se repartian la atencion jeneral porque eran gallardos entre sus gallardos compañeros.

II.

Los jefes de los araucanos eran perfectamente acogidos en el seno de la buena sociedad española.

Agreguemos que se conducian en ella con la delicadeza i urbanidad de los mas cumplidos caballeros.

Los nobles indios manifestaban, por lo demas, una inclinacion visible a las bellas españolas, probando así que aun en los pechos salvajes caben los sentimientos tiernos i los afectos delicados.

Existia en la ciudad un viejo capitán a quien sus heridas habian dejado inválido. Era viudo i padre de una linda i graciosa jóven de 20 años.

El viejo soldado, que gozaba de una pequeña pension que se le pagaba en nombre del rei por sus pasados servicios, se habia dedicado al comercio con el objeto de crear

una fortuna aunque modesta a su hija, a quien amaba con delirio.

Maria,—que así se llamaba la hija del capitán,—era una graciosa criolla, un tanta morena i un mucho sonrosada, de rostro lijeramente ovalado, de grandes i expresivos ojos negros, con un talle como el que los poetas prestan a sus ninfas, cabellera negra, sedosa i abundante, piececillo breve i unas manos pequeñitas.

La casa del capitán retirado era una de las que con mas frecuencia visitaban los caciques, especialmente Maulican i Quilalebo. Nuestros lectores adivinarán por qué.

Don Juan,—era éste el nombre del padre de Maria,—recibia a los indios i los trataba con particular amabilidad. Era que, valiente él mismo, sabia apreciar mejor que cualquiera el valor de los indios, la enerjia de aquellos hombres que, en la lucha de su independencia, se habian granjeado la estimacion de cuantos son capaces de admirar las nobles cualidades del alma.

Don Juan, en sus innumerables campañas, habia muerto muchos indios i éstos, por su parte, le habian hecho las heridas que le tenian inválido. Sin embargo, no por eso simpatizaba ménos con sus antiguos enemigos.

Creemos haber indicado ya que no era por gozar de la compañía del capitán por lo que los caciques Maulican i Quilalebo frecuentaban su casa. Era que el fuego de los negros ojos de Maria les habia quemado el corazón. Mas, como las heridas de amor son dulces de recibir, los caciques continuaban visitándola i cada vez los enloquecía mas la graciosa criolla.

¿Se habia apercibido don Juan del cariño de los indios por su hija? Parece que no, porque si los creia valientes i audaces, talvez no estaba dispuesto a concederles corazón ni se le ocurrió que pudieran enamorarse.

Maria, sin embargo,—mujer al cabo,—habia tenido en esta parte mas penetracion que su padre.

Ella sabia muy bien que no era indiferente a los caciques; mas, de lo que no se daba cuenta cabal, era de lo que sentia por su parte.

Ella deseaba la venida de los caciques,—los dos iban siempre juntos,—i se entristecía cuando olvidaban su visita.

Ella, cuando llegaba la hora en que so-

lian presentarse, ya estaba vestida i adornada con cierta coqueteria.

Ella, en fin, habia observado que los indios eran hermosos,—cosa que nuestras lectoras no querran creer ni bajo la garantía de nuestra palabra,—i habia notado ademas, que Quilalebo era el mas hermoso de los dos.

Si esto es indicio de algo, nuestros lectores lo adivinarán. Maria, por su parte, nada habia sospechado.

Por lo que toca a los caciques, ninguno se habia atrevido a hacer a la jóven una declaracion de amor. Conocian muy bien cual era su posicion entre los españoles, i sabian que hubieran caido en ridiculo, ellos, indios, seres que eran tenidos por de una especie inferior a las jentes civilizadas, enamorando a una española.

Cierto es que se les recibia muy bien en todas partes, pero era quizas como objeto de curiosidad. Ellos procedian, ni mas ni ménos, lo mismo que las jentes civilizadas; pero ¿cómo hacer consentir a éstos en que aquellos indios tenian corazón, podian sentir i amar?

Hé ahí la razon porque, en sus frecuentes conversaciones con Maria, se limitaban a dirijirle algunas galanterias corteses, bastante finas i delicadas para salir de labios de aquellos pobres salvajes.

Por su parte, Maulican i Quilalebo, apesar de su intimidad, nunca se habian hecho la menor confidencia respecto de su amor a Maria. ¿Era acaso por el temor de que los celos hiciesen estallar entre ellos una fuerte enemistad?

—¿Qué hermosa es la hija del huinca! solia decir Maulican.

—Sí, muy hermosa! suspiraba Quilalebo; lo es mas que las mismas flores de nuestros valles.

—En realidad que las mujeres de los huincas aventajan a las nuestras en belleza.

—I en gracia, sobre todo.

I ámbos suspiraban i se callaban

Llegada la noche, se dirijian a casa del capitán i, al salir de ella, se repetian que la hija del huinca era muy hermosa, por cuanto cada vez descubrian nuevas gracias en ella.

Mas, cuando llegaba al colmo el entusiasmo de los indios por la criolla, era cuando la oian cantar, al son de su vihuela que tañia de un modo admirable, gracioso.

sas tonadas con un *salero* tal que se lo hubieran envidiado las mismas hijas de la Andalucia.

En resumen; porque Maria tenia unos lindos ojos, porque reia con una gracia encantadora, porque cantaba con una voz de ángel, por todo eso i algo mas, los dos caciques se habian enamorado locamente de ella, siendo su pasion tanto mas fuerte cuanto que se veian forzados a ahogarla en el fondo de sus arranques.

III.

Maulican estaba celoso de Quilalebo porque habia notado cierta preferencia de Maria para con él, en las mayores atenciones que con él gastaba.

Habia adivinado talvez lo que la misma jóven no habia sospechado aun, que estaba enamorada del simpático cacique.

No se necesitaba tanto para que Maulican, herido en su orgullo i en sus afectos, profesase a Quilalebo un odio a muerte. ¿No era Quilalebo quien hacia sombra a su omnipotencia de toqui i se interponia ahora entre él i la mujer que amaba?

El araucano, sin embargo, nada dejó sospechar de lo que pasaba en su interior, pero comenzó a madurar un plan cuyo resultado fuera darle la posesion de Maria.

Habria pasado un mes, cuando los caciques residentes en Concepcion recibieron órden de Maulican para trasladarse a su casa a una hora dada.

Casi inútil es decir que ninguno faltó a su cita i que, a la hora fijada, todos se hallaban en casa de Maulican.

Sentados estaban los caciques al rededor de una pequeña sala completamente desmantelada. Quilalebo era el primero de la estrema derecha; següianle los demas por órden de dignidad.

En el centro de la sala habia un *malque* lleno de chicha de frutilla, de la cual bebían los indios a intervalos no muy cortos, porque no hai reunion pesible entre los araucanos sin la bebida que, segun ellos, los anima i les da fuerzas, comunicándoles al mismo tiempo el espíritu de prudencia.

A la hora fijada entró Maulican i tomó asiento en el lugar que le estaba designado. Llevaba en sus manos la insignia jefe de todas las tribus, que era una especie de hacha de piedra llamada *toque*, de donde tomaban su nombré los caciques que eran elejidos para mandar a sus compañeros.

Cuando se hubo sentado, los indios volvieron a su posicion inmóvil i guardaron por algunos instantes el silencio mas absoluto.

De repente, Maulican se puso de pié i, avanzando hácia el centro del círculo que formaban los indios, con el toque en la mano, paseó sobre ellos una mirada segura con cierta especie de majestad.

—¡Bien! exclamó despues; no dudaba que todos acudiriais a mi cita. I habeis hecho bien, hermanos i compañeros, porque os he convocado para tratar de asuntos importantes.

Los caciques permanecieron inmóviles sin manifestar la menor curiosidad.

—Hace ya cerca de un año, continuó el toqui, que estamos en paz con los huincas i vivimos con ellos en estas grandes prisiones que llaman ciudades. Mis hermanos estarian creyendo talvez que por mi parte habia renunciado para siempre a la guerra....

—¡Sí! dijo una voz interrumpiendo.

—¿Quién se atreve a interrumpirme? preguntó el toqui con voz vibrante.

—Yo, contestó un anciano de mirada centellante i de rostro feroz poniéndose de pié.

—¿I por qué dudaba de mi mi hermano Pelantaro?

—Porque creia que las bellas españolas habian enervado las fuerzas de mis hermanos hasta el punto de hacerles olvidar su esclavitud i los agravios que tienen que vengar.

Un murmullo se hizo oír entre los indios.

El toqui, despues de una pausa continuó:

—Perdono a tu ancianidad tu interrupcion i tus sospechas; de otro modo ya estarias convencido, Pelantaro, de que Maulican no es un cobarde, ni es tampoco un traidor para burlar la confianza que en él han puesto sus hermanos i entregarlos maniatados al español.

Un murmullo de aprobacion acojió estas palabras del toqui, que continuó así con voz vibrante:

—Os he invitado a reuniros aquí para tomar vuestro consejo ántes de romper nuevamente las hostilidades. Mis emisarios han recorrido la Araucania i, a estas horas, debe haber reunido a orillas del Curalaba un ejército numeroso que solo

espera a sus jefes para marchar al combate... ¡Creeis, hermanos, llegada ya la hora de la lucha?

—¡Sí! exclamaron los veinticuatro caciques que habia allí reunidos.

—¡Qué han dicho los dioses al santo *match*? preguntó Maulican a un indio cuyo rostro estaba pintado de mil colores i que se mantenía de pie con los brazos cruzados i los ojos clavados en el suelo.

—Pillan, contestó el agorero con voz cavernosa, dará la victoria a los valientes i a los que le hagan sacrificios para inclinarlo a su favor.

—¡Bien! continuó Maulican; seguros ya de la proteccion del cielo, formemos ahora nuestros planes.—Yo os propongo, para dentro de tres noches, cuando todos se hallen entregados al sueño, saquear la ciudad i robarnos cuantas mujeres, caballos i tesoros podamos haber a mano. En esta empresa seremos auxiliados por mil hermanos nuestros que, a las órdenes de Inailican, estarán mañana a orillas del Biobio. ¿Aprobais mi resolucion?

—¡Sí! exclamaron los indios.

—Pero hemos jurado, dijo Quilalebo alzando su voz, permanecer en paz con los españoles; i, ya que vamos a violar nuestro juramento declarándoles guerra, debiéramos siquiera respetar sus propiedades.

—¿Acaso ellos han respetado nunca sus juramentos? repuso Maulican con impetu.

—*Mupichal* (1) exclamaron los indios.

—¿Acaso, continuó Maulican, no nos han robado mil veces nuestras mujeres, nuestros hijos i nuestros ganados, aun estando en paz con nosotros? ¿No es verdad, hermanos, que debemos emplear contra ellos sus mismas armas?

—*Veilichal* (2) gritaron los indios con voz ronca.

Quilalebo no creyó conveniente replicar, porque sabia muy bien que era esponderse pretender combatir una resolucion de los indios, cuando se sienten estimulados por la codicia.

—I ahora, añadió Maulican, separémonos. Procuremos, entretanto, no despertar sospechas, i estad prontos para atacar al oír el primer tiro de arcabuz que se dispare la noche fijada para el saqueo.

(1) Tiene razon.

(2) Es verdad.

Los indios, despues de esto, fuéron saliendo uno a uno, quedando al fin solos Maulican i Quilalebo, que se pusieron a conversar amistosamente sobre los sucesos que se preparaban.

IV.

Llegó por fin el día que Maulican habia designado para el saqueo. Los españoles no podian ni sospechar el golpe que iban a recibir, porque todas las precauciones habian sido tomadas para no despertar sus recelos.

Los indios residentes en Concepcion en nada habian cambiado sus hábitos ordinarios. Nada permitia presumir que se preparasen tan graves acontecimientos.

En los campos vecinos reinaba la misma tranquilidad. Hasta la naturaleza habia enmudecido porque no soplaban ni la mas leve brisa ni se percibia el mas lijero rumor.

Sin embargo, quien hubiera escuchado atentamente, habria oído un ruido extraño entre los matorrales. Mas, lo que jamas hubiera adivinado es la causa que lo producía.

Porque aquel ruido era formado por un centenar de indios que, tendidos boca abajo, iban arrastrándose como las serpientes entre las yerbas, procurando no interrumpir el silencio que a su alrededor reinaba.

Con tanta habilidad realizaban su maniobra, que el mas vigilante centinela no hubiera podido notar la menor ondulacion en las ramas de los pequeños arbustos, i mucho ménos sospechar que, allí entre las yerbas habia oculto todo un ejército de araucanos.

I era un ejército en realidad.

El grupo de indios, cuya singular escursion hemos presenciado, era uno de los muchos en que el cacique Inailican habia dividido la partida que debia asaltar esa noche la ciudad, segun las instrucciones que le habia comunicado el toqui. Por distintas partes avanzaban hacia el mismo punto i del mismo modo otros grupos mas o ménos numerosos, segun las seguridades que ofrecía el terreno para verificar aquella estraña i misteriosa marcha.

Como lo hemos dicho, en la ciudad reinaba la tranquilidad mas absoluta. Los indios iban i venian como de costumbre por las calles i por las plazas.

Maulican era talvez el único que habia permanecido en su casa, i esto porque debia estar en un lugar fijo donde pudieran hallarle sus emisarios i los jefes a quienes tenia que comunicar órdenes.

Estaban dando las oraciones cuando entró un indio que, inclinándose respetuosamente en su presencia, pronunció estas solas palabras:

—El cacique Inailican con su jente se encuentra a una legua de la ciudad i espera vuestras órdenes.

—Dile que espere donde se halle hasta bien entrada la noche, i que entónces avance hasta la ciudad. Lo demas él ya lo sabe.

Inclinóse nuevamente i salió.

A la misma, mas o ménos, Quilalebo se dirijia solo, con su costumbre, a la casa del capitán español.

Iba preocupado, cabizbajo i con paso lento, él a quien la jóven debia odiar al dia siguiente como a un traidor i enemigo implacable de los suyos.

Este pensamiento le oprimia el cerazon. Antes de llegar a la puerta, un indio lo detuvo.

—¿Qué quieres? le preguntó Quilalebo.

—¿Sois el cacique Quilalebo? dijo el otro.

—Ya lo veis.

—¿Vereis pronto al toqui?

—Sí.

—Entónces, hacedme el favor de decirlo que la *ilcha* (1) ha salido de la casa.

—¿Qué *ilcha*?

—La que el toqui me ha mandado espiar.

—¿De qué casa?

—De aquélla, contestó el indio señalando con el dedo la casa de don Juan.

Quilalebo se estremeció.

—¿Maulican, preguntó despues, te ha ordenado que espies la casa del español invávido.

—Sí.

—¿No te ha dicho con qué objeto?

—Nó, pero lo presumo, porque me ha ordenado le espere aqui hasta la hora del saqueo, diciéndome que vendrá a reunirsenos.

—¿A reunirsenos, decis? entónces ¿no estás solo?

—Nó, me acompañan cuatro mocetones.

—¿I que objeto presumis que tiene el toqui al haceros espiar la casa del capitán?

—Puede ser que me equivoque, pero como esta noche habrá gresca, i la hija del huinca es hermosa....

—¿I qué?

—Presumo que el toqui querrá hacerla su prisionera.

—Ah!....

El cacique guardó silencio por un instante; temia que el temblor de su voz revelase al indio su emocion.

—¿I dices que la *ilcha* ha salido? preguntó despues.

—Sí, i eso es lo que quisiera supiese el toqui, porque ignoro si habrá previsto esto.

—Bien está; voi a avisárselo.

I Quilalebo se alejó con paso rápido. Quien le hubiera visto ponerse densamente pálido, casi lívido al saber la noticia que acababa de comunicársele, habria comprendido que las pasiones del indio se libraban un violento combate en el interior de su pecho.

MÁXIMO R. LIRA.

(Continuará.)

POESIAS.

EL MISTERIO.

(Para *La Estrella de Chile*).

Cansado en las orjias de báquicos placeres,
Turbados sus sentidos al humo del licor,
Esclavizada su alma por miserables seres,
Blasfemo al impio osado maldice del Señor.
¡Misterios decantados! imbéciles quimeras
De tiempos que pasaron, de infancia i ne-

(cedad,

Fanáticas creencias de turbas agoreras,
Mentidas ilusiones, que ofuscan la verdad!
Destellos, los humanos, del Dios de las al-

(turas,

Sus almas inmortales son chispas de aquel
(ser;

No son viles ludibrios de Dios sus criatu-
(ras,

I es sueño lo que el hombre no alcanza a
(comprender.

¿Acaso es semejante su espíritu divino.

Al árbol que derrumba furioso el vendabal
I mézclase al vil polvo del fuerte torbellino
I se hunde sin conciencia, sin vida en el

(raudal

(1) Niña.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO III.

Santiago, setiembre 4 de 1870.

Núm. 153.

SUMARIO.

La novela i sus escollos, conclusion.—Una página íntima.—El seminario de San Pe-
layo.—A orillas del Bio-Bio, continua-
cion.—Poesías.

LA NOVELA I SUS ESCOLLOS.

(Conclusion.)

VII.

EL FALSO AMERICANISMO LITERARIO.

Las constantes recomendaciones hechas a los escritores por nuestros críticos i la natural inclinacion de aquéllos hacia todo lo que pueda dar a sus trabajos un carácter local i un sello de orijinalidad, han hecho nacer i puesto en voga un cierto jénero de novelas i leyendas que mas que americano podriamos denominar indijena-disparatado.

Como en los primeros años de nuestra independencia el odio a los españoles llevó a muchos de los que contra ellos habian combatido hasta calumniar su propia stirpe i sangre, buscando a sus proenitores entre las selvas de la Araucanía i denominándose con orgullo descendientes de Caupolican, de Colocolo i de Lautaro; así tambien el miedo de parecer imitadores i el anhelo de americanizar induce a muchos principiantes a buscar entre los salvajes el tema de sus novelas o de sus composiciones poéticas.

Los que así proceden incurren casi siempre en dos errores: uno que podriamos llamar de concepto i otro que podriamos llamar de ejecucion.

El error de concepto estriba en suponer que los representantes del americanismo, son los primitivos pobladores del continente i que el medio mas eficaz de americanizar la literatura es barbarizarla.

Es indudable que la historia de la América indijena no es un campo vedado para la imaginacion del novelista i acaso andandole el tiempo algun privilegiado ingenio reciba de Dios la varilla mágica que seria necesaria para remover la espesa capa de olvido que los siglos han formado sobre la primitiva civilizacion americana i sacar de debajo de esa capa, como los escavadores de Herculano i Pompeya, tesoros perdidos i todo un museo de ricas obras de arte.

Pero de que la América indijena no sea un campo vedado para poetas i novelistas, jamas podrá deducirse que sea el campo único en que les sea dable encontrar e color local i la orijinalidad.

Si la literatura de un pueblo para ser orijinal necesita ser la fiel espresion de sus costumbres i sus creencias ¿cómo no se advierte que no es entre las pobres tribus de bárbaros que pueblan todavia algunas comarcas de nuestro continente, como un turbio lago próximo ya a secarse, donde pueden encontrarse tipos del verdadero americano, i donde pueden estudiarse las ideas, las tendencias i los elementos todos de la sociedad en que vivimos, dueña del presente i señora tambien del porvenir?

Nó, si es posible que haya una literatura americana mientras la América progresa i se ilustre, no es posible que haya otra literatura indijena que la que existia en Méjico i el Perú a la llegada de los españoles.

Cuando se ha dicho, pues, que es preciso americanizar, no se ha dicho, no ha podido decirse que es preciso barbarizar. Lo que ha querido decirse es que si queremos tener una literatura propia, orijinal i verdaderamente americana, debemos abandonar los senderos trillados de la imitacion i buscar en nuestras costumbres, en nuestras ideas, en nuestras preocupaciones, en nuestros esplendores i en nuestras miserias, en nuestros recuerdos i en nuestras esperanzas, el eterno tema de nuestras ficciones novelescas.

Este error que hemos llamado de concepto, es como el orijen de todos los que suc-

Rafael Valentin Valdivieso, despues de haber estudiado, espidió una pastoral demostrando la necesidad de que se fundase un establecimiento en Talca, que sirviese para formar ilustrados sacerdotes i honrados ciudadanos e implorando la caridad de los fieles para realizar su pensamiento. Concedor el ilustre Arzobispo de la situacion de los pueblos centrales de la república, que mas de una vez, ha visitado por si mismo, nadie mejor que él pudo juzgar de la oportunidad, conveniencia i necesidad de una obra de esta naturaleza.

Situada la ciudad de Talca en el centro de una fértil provincia cuya poblacion llega a 100,575 habitantes, i colocada entre las de Curicó i Maule, cuyas respectivas poblaciones llegan a 90,589 habitantes la de la primera i 187,983 la de la segunda, está llamada a ser mas tarde la cabecera de un obispado, i es desde luego el punto céntrico a donde ocurren los jóvenes de las tres provincias a recibir su educacion.

Talca, la tercera ciudad de la república por su poblacion, favorecida por su situacion, por la fertilidad de su suelo, por su activo comercio que la hace ser tambien la tercera plaza comercial del pais, se encuentra triste, es decirlo, en un estado de decadencia que está mui léjos de corresponder a los grandes elementos de riqueza i prosperidad que se encierran en su seno. El espíritu público parece adormecido, i solo recuerda excitado por las ardientes cuestiones de la política. Donde debia rebosar la vida, se nota una languidez, que parece precursora de la muerte. I no es ésta la realidad. Si aquí el jérmén del progreso no se desarrolla con la rapidez que debiera es porque le falta el impulso. Aparezcan hombres de corazon, hombres patriotas, que den a la política el tiempo que de derecho le corresponde, i que consagren al progreso del pueblo siquiera una parte de ese tiempo, i todo será hecho. El carro de la ilustracion i de la prosperidad marchará rápidamente i sin detenerse. La máquina existe; pero falta el motor.

Por esto ha sucedido que el proyecto de un seminario recibido al principio con la sonrisa que inspira la utopia, es hoy un hecho que todos admiran, gracias al celo i abnegacion de su digno fundador.

Cuando el señor Arzobispo determinó la fundacion del establecimiento nombró una junta compuesta de los respetables vecinos

don José Luis Donoso, don Cayetano Astaburuaga, don Manuel Vargas i don Salustio Vergara. Esta junta presidida por el señor Vicario don Miguel R. Prado se ocupó en aglomerar los elementos que debieran servir para llevar a cabo la empresa. Durante siete años, fueron éstos reuniéndose poco a poco, de manera que solamente hace dos años pudo darse principio a los trabajos que hoy se prosiguen con notable rapidez, i con un buen éxito sorprendente.

MANUEL E. BALLESTEROS.

(Continuará.)

A ORILLAS DEL BIO-BIO

(ESCENA DÉ LA VIDA ARAUCANA)

—¿A dónde fué el cacique? No lo sabemos. El hecho es que volvió mui poco rato despues.

Al verle acercarse, el indio le salió nuevamente al encuentro.

—¿Ha vuelto? preguntó Quilalebo.

—Nó, contestó el otro.

—Entónces podeis retiraros; el toqui ya no os necesita aquí.

—¿I qué debemos hacer?

—Lo que gustéis; aprovechaos bien de las circunstancias.

Apénas el indio i sus compañeros se hubieron perdido de vista, el cacique buscó el lugar en que se habian mantenido ocultos, i encontró que era una casa en ruinas, destruida talvez en alguna de las irrupciones anteriores de los araucanos.

Una vez oculto allí, se puso a meditar sobre lo que debia hacer.

Despues de la noticia que acababa de saber de un modo tan raro, no le quedó duda de que Maulican estaba enamorado de María i aun de que aquel golpe de mano no tenia otro objeto que robarla i hacerla su prisionera.

—María, prisionera de Maulican! se decía Quilalebo, oh! yo no puedo permitirlo... Pero ¿cómo lo impediré?... El toqui vendrá aquí, María habrá llegado i se la robará, sí, se la robará.....

Quilalebo volvió a quedar pensativo.

—Si yo les avisara, añadió despues, pero ¿cómo? no sé donde pueden estar.

Hubo una nueva pausa.

—Ah! dijo al fin dándose una palmada en la frente, me la robaré yo; será prisionera de Quilalebo en vez de serlo del toqui.

Daban en ese momento las ocho las campanas de una iglesia.

—Aun es tiempo, añadió; apresurémonos.

I salió con paso ligero de su escondite.

Todavía transitaba jente por las calles, pero ya en mui corto número.

Pocos minutos despues entró Maria seguida de una sirvienta a casa de su padre.

A las nueve i cuarto ya estaba Quilalebo nuevamente en su apostadero, acompañado ahora de tres mocetones.

Antes de ocultarse, se acercó a la casa del capitán i estuvo en acecho durante un largo rato.

Pasaron tres cuartos de hora. Apénas transitaba por las calles uno que otro vecino con paso rápido i medroso. La oscuridad era grande porque no era aquella una noche de luna i el alumbrado público no se conocia aun en la buena ciudad de Concepcion.

Dieron las diez i media i todo continuó en silencio por algunos minutos mas.

Pero, repentinamente, sonó un tiro de arcabuz cuyos ecos tuvieron una prolongacion indefinida.

Por de pronto nada mas se oyó. Mas, poco despues, empezaron a escucharse gritos, luego alharidos, ruidos de rabia, todo mezclado, todo confundido en un solo eco indefinido.

Poco despues dejó oír el cañon su voz imponente, i los disparos de arcabuceria indicaron que ya el combate se habia trabado entre asaltados i asaltadores.

No entra en nuestro plan hacer una descripcion detallada de los horrores de aquella noche, de la confusion i del espanto de los españoles al verse atacados tan de improviso, creyendo tener que habérselas con un ejército numeroso de indios. La oscuridad favorecia a éstos, i mientras los españoles se herian mutuamente al encontrarse en las calles sin conocerse, sin distinguirse casi, disparando en direccion de cada bulto que se divisaba, de cada rumor que se sentia, los araucanos entraban a saco las casas en que sabian deber hallar mejores presas.

Los gritos de angustia de las mujeres robadas, las maldiciones de los padres que veian arrebatadas a sus hijas, de los her-

manos que no hallaban a las hermanas, de los maridos que habian perdido a sus esposas, todo aquello subia al cielo como un solo grito inmenso, lúgubre, estridente, algo parecido al ruido rabioso de una jauria de leones.

Quilalebo, a la primera señal, habia salido de su escondite con sus mocetones. Llamó en la casa del capitán, i apénas se le abrió, se precipitó dentro en direccion al aposento de Maria a quien sacó fuera casi ántes de que el capitán hubiera podido dar un solo grito de socorro.

Quilalebo i su jente desaparecieron pronto en la oscuridad.

Por de pronto, todo volvió a quedar en calma en aquella calle.

Al fin apareció en un extremo un grupo de jente. Al llegar cerca de la casa del capitán, una voz que ya conocemos por ser la de Maulican, gritó con todas sus fuerzas:

—Colpoche, aquí!

Nadie respondió, ni nadie se movió.

—Aquí, Calpoche! gritó con mas fuerza el toqui.

Reinó el mismo silencio.

Dirijéronse entónces apresuradamente a casa del capitán cuya puerta hallaron abierta.

Maulican se precipitó dentro; pero, al penetrar en uno de los aposentos, se encontró con el pobre inválido tendido en el suelo, que fijaba sobre él una mirada de infinita ansiedad, saltándosele casi los ojos de sus órbitas.

—Venis a matarme, despues de haberme robado a mi hija! esclamaba con voz desesperada; matadme, pues!

—¿Qué te han robado a tu hija? exclamó Maulican.

—Matadme, matadme! seguía gritando el viejo.

—Contesta! gritó Maulican, ¿quienes te han robado a tu hija?

—Vosotros, miserables!... Matadme, os digo; ¿para qué quiero vivir ya?...

Maulican no alcanzó a oír las últimas palabras, porque ya se habia precipitado hacia afuera como un torbellino seguido de sus mocetones.

Dos horas despues la batalla habia cesado en la ciudad. Muchos indios i muchos españoles habian muerto. Los primeros habian escapado cargados de un gran botin i los

segundos no se habian atrevido a perseguirlos.

V.

Si nuestros lectores quieren acompañarnos, nos trasladaremos al interior de la Araucanía.

Un poco mas allá de las pedregosas márjenes del Imperial existe un campamento de indios, casi en el lecho de un estero tributario de aquel caudaloso rio.

El paisaje es bellissimo. Allí abundan los árboles verdes i frondosos i el suelo se vé cubierto de un muelle tapiz de verdura. Hacia el oriente, los Andes muestran su frente erguida coronada de eterna nieve, i hacia el sur murmuran una queja melancólica las cristalinas aguas del estero.

Para completar el cuadro, un bellissimo sol de mañana de verano ilumina con sus resplandores aquel espléndido panorama, comunicando nuevo vigor i vida a las flores i a las plantas con su benéfico calor.

Si nos acercamos al estero, veremos que por ese lado hai mucho movimiento. Indios e indias todos marchan a bañarse; muchos se han bañado ya i vuelven gozosos, frescos como un retoño, a sus ranchos; las indias a preparar sus comidas, los indios a formar círculo al rededor de los fuegos para conversar i beber.

Entre los grupos que hai a orillas del estero, llama uno particularmente la atención porque es de mujeres que por sus trajes son indudablemente españolas.

Si nos aproximamos a ellas, reconocémos a la pobre Maria la hija del inválido capitán. De las demas, que son cuatro, dos son tan jóvenes como ella i las otras dos ya de alguna edad.

—Qué lindos son estos lugares, decia Maria; aqui quisiera permanecer.

—I aqui parece que nos quedaremos, señorita, al ménos por algun tiempo, dijo una de las mujeres mas jóvenes.

—¿Cómo lo sabes, Cármen?

—Porque ayer pude hablar unas cuantas palabras con Millalipe, un indio que sabe algo de español i me dijo que ésta era la reduccion de nuestro amo.

—¿I cómo se llama éste?

—No lo sé.

—¿Porque no se lo preguntaste?

—Porque me importaba mui poco saber su nombre.

—Pero a mi me desespera no saber en poder de quien me encuentro.

—Eso lo sabreis mui pronto, porque el cacique debe llegar hoi.

—Deveras?

—Me lo dijo tambien Millalipé.

—Al fin sabré quien es mi raptor! exclamó Maria con un largo suspiro, mientras que brotaban gruesas lágrimas de sus ojos.

—Pero, señorita, el cacique dueño de este *regüe*.....

Maria se sonrió.

—Os reis, señorita, porque cito nombres indios? es que he oído a Millalipe que así se llama el dominio de un cacique.... El dueño de estas tierras os ha tratado con muchas consideraciones. Os ha hecho arreglar a la española su mejor rancho, i nos ha comprado a nosotros solo con el objeto que os sirvamos.

—Bien está; pero ¿acaso soi por eso méenos esclava! ¿puedo esperar volver a ver algun vez a mi pobre padre i a los míos? dijo Maria sollozando.

—Quien sabe! señorita; confiemos en Dios i él nos salvará. Hemos visto a tantos que han vuelto despues de haber estado cautivos muchos años....

—Dios lo quiera, Cármen!

I las mujeres se dirijieron despues de esto con paso lento a su rancho.

Serian las dos de la tarde cuando se notó una extraordinaria animacion entre los indios. Hombres i mujeres, todos salian precipitadamente de sus ranchos; los músicos tocando sus tamboriles, algunos cantando i los demas saltando al compas de los instrumentos.

Era que dos emisarios acababan de llegar anunciando la venida del cacique, cuya comitiva se divisaba ya a lo lejos.

Pocos momentos mas tarde llegó acompañado de doce mocetones, i despues de los *mariniris* de estilo entre los que llegaban i los que habian salido a su encuentro, el cacique se dirijió a Millalipe i le preguntó en español:

—La prisionera cuya custodia te encargué ¿dónde está?

—En su rancho.

—¿Qué ha hecho desde que llegó aqui?

—Llorar a todas horas.

—¿Cumpliste todos mis encargos?

—Sí.

—Ve a prevenirla de mi visita.

Millalipe se alejó i volvió pronto anunciándole que Maria lo esperaba.

El cacique se dirigió inmediatamente hacia el rancho de la española.

Cuando se presentó en su puerta, María lanzó un grito, mezcla indefinible de dolor i de gozo que hizo palidecer letalmente al cacique.

—Ah! ¿erais vos? exclamó, i se cubrió el rostro con las manos.

—Sí, yo, señorita, el cacique Quilalebo, que viene a ponerse a vuestras órdenes.

Hubo un momento de silencio interrumpido solo por los ahogados suspiros de María. Al fin, reprimiéndose un tanto, ésta añadió fijando en Quilalebo sus ojos arrasados en lágrimas:

—¿Erais vos?... I yo que os creí sincero cuando os dabais por amigo de mi padre i mío!.... ¡Mi pobre padre!.... lo habreis muerto talvez al hacermos prisionera!....

—Vuestro padre vive, señorita....

—¿Qué vive, decís?

—Vive i sabe que vos vivís tambien.

—¡Gracias, Dios mío! exclamó la jóven con toda la efusion de su amor filial.

—Un mensajero mío, añadió Quilalebo, ha hecho llegar a sus manos una carta en que le daba noticias vuestras. El mismo mensajero me ha dicho que el capitán, loco casi al veros perdida, está mas tranquilo porque sabe que vivís i espera fundadamente volveros a ver.

—Ah! exclamó la jóven, desgraciadamente yo no lo espero.

I derramó nuevas i abundantes lágrimas sobre su espesa cabellera con la que se había cubierto el rostro.

Pasado un momento, María se dirigió nuevamente al cacique que permanecía de pie contemplándola, i, con una voz suave i apagada como un suspiro, le preguntó:

—¿Porque tuvisteis la crueldad de separarme de mi padre? ¿para qué me trajisteis a estos lugares donde solo Dios sabe la suerte que me espera?

—Me estais condenando, señorita, ántes de haber oído mis descargos repuso el cacique.

—Bien, ya os escucho.

—¿Queréis que os lo diga todo?

—Todo, sí.

—¿No os disgustará mi franqueza?

—Nó.

—Entónces voi a deciroslo.

I el cacique, haciendo un esfuerzo poderoso, continuó:

—Os vuelvo a suplicar, María, que no

os ofendais por lo que voi a deciros.—Yo, desde el primer momento en que os vi, desde que tuve la dicha o la desgracia de conoceros, os amé con toda mi fuerza, como puede amarse a los bellos espíritus protectores de nuestra existencia.

«No habia amado nunca, porque no habia hallado ni creia que existiera en el mundo una mujer que reuniese todas las perfecciones que mi imaginacion prestaba al ideal que yo me habia formado.

«Vos, sinembargo, realizabais mi ideal, i por eso os amé como nadie os podrá amar en el mundo.

«Pero, no era yo el único de mi raza que os amaba. Tambien, como yo, os amaba Maulican. El es el toqui i, por apoderarse de vos, dispuso romper las hostilidades con los españoles i saquear vuestra ciudad. Yo felizmente i por casualidad descubrí su plan i os robé, porque no habia otro medio de evitar que cayerais en sus manos....

MÁXIMO R. LIRA.

(Continuará.)

POESIAS.

EL VOTO.

I.

Cuando Colon inspirado
Nuevas tierras dió a la España,
Mil i mil aventureros
Abandonaron su patria.

I, ávidos de oro, corrieron
Del nuevo mundo a las playas
I desafiaron la muerte
Impávidos cara a cara

En el mar de las Antillas
La isla de Cuba se alzaba,
Cual ramillete de flores
Que sus perfumes exhala;

Bosques de eterna verdura,
Rios de linfas de plata
Fascinaban al viajero
Que sus riberas pisaba.

I en arsenal convertida
Aquella rejion preciada,
Sentó de entónces allí
Sus reales la ruda España:

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO III.

Santiago, setiembre 11 de 1870.

Núm. 154.

SUMARIO.

Los jesuitas i sus detractores, continuacion.
—El seminario de San Pelayo, conclusion.—A orillas del Bio-Bio, continuacion.—La sinceridad de un materialista.
—Poesias.

LOS JESUITAS I SUS DETRACTORES.

XI.

No hemos terminado aun con la relacion de los rejicidios intentados o consumados que achacan a los jesuitas sus poco escrupulosos enemigos. En el folleto que examinamos se les imputan dos mas:

«Luis XV, dice en la página 18, *pereció a manos de Damiens*, nuevo rejicida, natural de Arras, i educado por los jesuitas en una ciudad donde ejercian todo su poder: sus confesores eran jesuitas i designóles la Francia como cómplices en semejante atentado.»

I mas adelante, página 36, añade:

«Damiens, sirviente de los jesuitas, *intentó asesinar a Luis XV.*»

¿En qué quedamos? ¿Damiens asesinó o solo intentó asesinar a Luis XV? ¿El rejicida era sirviente de los jesuitas, o solo habia tenido con ellos relaciones de alumno a maestro en tiempos anteriores a su crimen?

Pero hai mas aun. En la páj. 19 se lee lo siguiente:

«En 1758 el rei de Portugal *fué asesinado* a consecuencia de una conspiracion tramada por los jesuitas; el parlamento procedió judicialmente contra ellos.»

Ahora bien, este rei de Portugal de quien aquí se habla es José I, que murio en 1777 de muerte natural, habiendo principiado a reinar en 1750.

Nuestros lectores decidirán si la falsedad de la aseveracion que contiene el último

párrafo copiado es fruto de una ignorancia crasa o lo es del propósito de calumniar mintiendo sin rebozo i sin el menor respeto por el público. Nosotros vamos a ocuparnos suscintamente de estos dos hechos.

En nuestro artículo VII poniamos como nota i con otro objeto distinto las siguientes palabras de Voltaire, dirigidas a sus cofrades por medio de Damilaville: «Hermanos míos: debeis saber que no he tenido consideraciones con los jesuitas; pero yo sublevaria a su favor la posteridad si los acusase de un crimen de que la Europa i Damiens les han justificado. No seria mas que un vil eco de los jansenistas, si hablara de otra manera.»

Este crimen de que Voltaire, enemigo tan poco escrupuloso de los jesuitas, no queria acusarles, «por no sublevar a su favor la posteridad,» es el asesinato de Luis XV.

Hé ahí, pues, a los jesuitas justificados por su mas implacable enemigo, por el que consagró gran parte de los desvelos de su vida a la destruccion de un Instituto que consideraba como el ante-mural de la Iglesia católica. Hé ahí, tambien, denunciados por el mismo los autores de la calumnia: los jansenistas.

Invencion de los jansenistas, de que el mismo Voltaire creia necesario disculpar a la Compañia de Jesus ¿qué queda de esta nueva imputacion? ¿Habrá lector imparcial que pueda continuar creyendo en la efectividad de este nuevo crimen que se carga sobre los hombros de los jesuitas?

Creemos que nó. Sinembargo, i a mayor abundamiento, vamos a referir los hechos, con el mismo propósito a que hemos obedecido desde el principio de este trabajo: hacer plena luz sobre la verdad i ahorrar largos trabajos de investigacion a los que deseen conocerla.

Roberto Francisco Damiens, natural de Tiemlloy, era conocido desde niño, por sus poco inocentes travesuras, con el nombre de *Roberto el Diablo*. Fué dos veces soldado, i en segunda sirviente en el cole-

VII.

Inconcluso aun el nuevo edificio del Seminario, ha sido menester habilitar la casa de ejercicios de Jesus Nazareno para que allí se recojieran los alumnos durante una buena parte del presente año.

Al efecto, el 1.º de abril se abrió el establecimiento en el local indicado, i durante los meses posteriores han continuado en él mismo sus estudios hasta que se verifique la traslación a su propio edificio. Apesar del poco tiempo que está funcionando, ya cuenta con treinta i seis alumnos internos; pero hai cuarenta i uno matriculados, que se incorporarán prontamente.

Para que se comprenda cuán necesario era en Talca este nuevo establecimiento de educacion, basta observar que apesar de ser ya tan numerosos los alumnos del Seminario, no han disminuido por eso los del liceo. Antes bien, este último establecimiento sigue siempre su progreso paulatino, contando en la actualidad cerca de doscientos internos i externos.

Es mui natural esperar que la cifra ya crecida de alumnos del Seminario se doblará en el año próximo, porque hai gran número de solicitudes.

Las provincias de Talca i Maule son las que han enviado la mayoría de los estudiantes, i aun ha habido algunos que han venido de la del Ñuble, a pesar de la larga distancia. Este hecho es un feliz augurio para el porvenir. Fácil es prever desde luego que el Seminario de San Pelayo será, como el mas central, el que atraiga mayor número de alumnos de todos los de la república, con exclusion del de la capital.

A las ventajas de una educacion religiosa i sólida, se unen las comodidades de un grandioso edificio, cuyas buenas condiciones hijiénicas están a la vista de todo el mundo. Al efecto, la solemne traslación del colejio, se verificará el domingo 11 del mes próximo, i la fiesta será la digna inauguración de las solemnidades de los dias de la patria.

VIII.

Terminamos. Al ocuparnos de describir el nuevo seminario con que se honrará nuestro pais, i en especial el pueblo de Talca, hemos querido llamar la atencion sobre él con un doble fin. Es el primero

mover los sentimientos religiosos de los buenos católicos para que presten su cooperacion a una obra que no podrá ser terminada sino cuenta con su benévolo concurso. El Seminario de Talca era una imperiosa necesidad; pero tambien parecia ser únicamente una ilusoria esperanza. Hoi vemos esa esperanza realizada, gracias a la jenerosidad, a la enerjia i hasta al patriotismo del señor Prado, cura de Talca, i de las bondadosas personas que le han auxiliado.

Lo que falta es lo ménos: lo que se ha avanzado es lo mas. En esta circunstancia, nadie querria que quedase inclusa la obra, i es lícito esperar la cooperacion jeneral.

El segundo fin que nos hemos propuesto es manifestar que el Seminario de Talca no puede ser sino el preludio de otro mas importante i grandioso proyecto: la creacion del nuevo obispado de Talca.

No es ahora lugar ni tiempo oportuno para manifestar cuán necesario es realizar esta idea, que desde mui atras vienen acariciando las personas religiosas de esta ciudad. Mas tarde talvez con los datos necesarios manifestaremos que si en Valparaíso se cree indispensable la creacion de un obispado, en Talca esta necesidad es mil veces mas premiosa, i su satisfaccion produciria los mas benéficos frutos para la religion i para la patria.

Con la creacion del Seminario, está ya dado el primer paso. Abrigamos la conviccion de que no pasarán muchos años sin que la obra reciba su coronamiento.

Talca, agosto 28 de 1870.

MANUEL E. BALLESTEROS.

A ORILLAS DEL BIO-BIO

(ESCENA DE LA VIDA ARAUCANA)

—Ah! mil gracias! exclamó Maria involuntariamente.

—¿Me dais las gracias? repuso vivamente el cacique....¿Es decir que me perdonais? ¿es decir que....?

—Que os agradezco con toda mi alma lo que habeis hecho por mí i que veo que nada tengo que perdonaros....

—María!

—Al contrario, yo debo pedirles perdón por mis injustas sospechas.

—Ah! cuán dichoso me haceis! exclamó el cacique comprimiendo con una mano los latidos de su corazón.

—¡Cuán caro me cuesta vuestra felicidad! replicó la joven sonriendo.

—No me lo repetáis, señorita. Cuando vine aquí, no tenía otro objeto que decirlos que seréis servida del mejor modo posible. Mientras llega la hora en que me sea permitido ponerlos en libertad, seréis mi prisionera a los ojos de los demás, en realidad yo seré vuestro esclavo. Así nada debéis temer: estais bajo mi protección.

—Gracias, mil gracias! contestó la joven. No me equivocaba cuando os creía noble i jeneroso.... Ahora, hacedme el favor de dejarme sola un momento.

El cacique salió, después de haber besado respetuosamente una mano que le tendía la española, ebrio de júbilo, de amor i de esperanza.

Pasaron muchos días. El cacique veía con frecuencia a su prisionera.

En una ocasión María le preguntó:

—¿Es cierto que hai un sacerdote español prisionero entre vosotros?

—Sí, contestó Quilalebo; Llancareu se apoderó de un *patero* que andaba misionando cuando se rompieron las hostilidades.

—Yo desearia verlo, si fuese posible.

—Lo vereis.

—¿Pronto?

—Sí, i aun procuraré que permanezca a vuestro lado.

—Ah! cuánto os debo i cuánto tengo que agradeceros!

VI.

Maulican no ignoraba que la hermosa criolla por cuya posesión había emprendido una desastrosa campaña le había sido arrebatada por su rival.

Si esto le tenía ofendido, lo que sobre todo había herido su orgullo i lo que había jurado no perdonar jamás a Quilalebo, era el que lo hubiese engañado i burlado haciendo fracasar por medio de un ardid su proyecto de rapto.

Había, pues, jurado vengarse.

Sin embargo, ambos caciques continuaban tratándose con la misma antigua cordialidad ocultando en el fondo de sus corazones sus mútuos resentimientos.

Pretender apoderarse de María por medio de la fuerza fué un proyecto que vino muchas veces a la mente de Maulican, pero que fué siempre desechado como quimérico.

En efecto, María estaba perfectamente defendida por los valientes guerreros del *utannapo* de su rival. Además, María era su prisionera i sin declararle guerra no hubiera podido pretender arrebatársela. El prisionero es entre los indios propiedad sagrada del poseedor.

Por lo demás,—dijámoslo en honor del toqui,—rechazaba este proyecto por otra razón. Declarar la guerra a Quilalebo, cuando estaba comprometido en una contienda con los españoles, hubiera sido comprometer su éxito porque habría dividido las fuerzas de los indios i dado a sus enemigos una victoria fácil. Esto no lo hubiera hecho jamás el patriota jefe de los araucanos.

Sin embargo, no cesaba de poner en práctica otros medios que le dieran por resultado el deshacerse de su odioso rival. Encargábase siempre las comisiones mas peligrosas, pero en todas ellas salía airoso el valiente Quilalebo, de suerte que Maulican lo que estaba haciendo era aumentar el prestigio del cacique. Esto, naturalmente, acrecentaba el odio del celoso toqui hasta el punto de que lo hizo meditar un proyecto verdaderamente infame.

Pero, no precipitémos la relación de los hechos.

Quilalebo había cumplido su palabra a María; había llevado el sacerdote español que existía prisionero entre ellos.

Era este un santo religioso franciscano que andaba misionando entre los indios cuando principió la campaña.

Llancareu, el cacique en cuya reducción se hallaba en esa época, lo había hecho su primero. Quilalebo le había dado por él cien ovejas, dos caballos ensillados i un arcabuz de los que había arrebatado a los españoles.

Fácil es de presumir a qué trasportes de gozo se entregarían los pobres prisioneros cuando se encontraron reunidos, como se referirían sus respectivas penalidades i como se confortarían con sus mútuas esperanzas.

María se había empeñado por tener cerca de ella un sacerdote, porque comprendía perfectamente lo peligroso de su situación. Después de haber arreglado con el

ministro de Dios los asuntos de su conciencia, ya pudo quedar mas tranquila.

—Padre, le dijo un dia, Quilalebo es un indio noble, jeneroso, poseedor de un bellísimo corazon; ¿no seria posible convertirlo?

—Para Dios no hai imposible, contestó el religioso.

—Pero hareis algo por él, ¿no es verdad?

—He principiado a hacerlo ya.

—¿I....?

—Manifiesta realmente excelentes disposiciones para recibir i comprender la verdad.

—¿De suerte que esperais convertirlo?

—Lo espero fundadamente.

—Oh! gracias, Dios mio! exclamó la jóven con una entonacion de júbilo comprimido.

Aquella exclamacion probó al religioso que Maria amaba a Quilalebo con todas las fuerzas de su alma. Talvez deseaba verlo cristiano para confesarle su amor.

El cacique, por lo demas, habia sabido granjearse el cariño de la española tratándola con la mas esquisita delicadeza, adivinando sus menores deseos para satisfacerlos en cuanto le era dado.

El indio, por otra parte, formaba una rara escepcion de la regla jeneral. No se emborrachaba jamas, ni se entregaba tampoco a los torpes desórdenes que eran habituales entre sus compañeros. Es verdad tambien que habia recibido educacion española.

Maria procuraba, en cuanto le era permitido, perfeccionar aquella jenerosa naturaleza i lo trataba con el cariñoso afecto que pudiera profesarle una hermana.

Ni una palabra de amor habia vuelto a salir de los labios del cacique despues de su primera conversacion con la criolla.

Habian trascurrido ya cinco meses desde el dia del golpe de mano dado sobre Concepcion. Quilalebo habia sido enviado a una empresa peligrosísima por el toqui Maulican.

Antes de separarse de su reduccion el cacique habia ido con el corazon oprimido a despedirse de Maria. Esta le habia dicho adios derramando abundantes lágrimas i habia colgado en su cuello una pequeña cruz de oro que ella llevaba sobre el suyo.

Quilalebo, apesar de todas estas demos-

traciones de afecto, partió desalentado. Le aquejaba un triste presentimiento.

Sinembargo, el noble araucano no sabia, porque Maria no quiso avisarle, que durante su ausencia habian venido hasta ella emisarios de Maulican trayéndole palabras de amor del poderoso toqui, que le prometia hacerla reina de aquel pueblo bárbaro si consentia en ser su esposa.

La jóven habia rechazado siempre estos proyectos con desprecio sino con indignacion.

Esta vez, fué el mismo Maulican quien, aprovechándose de la ausencia de Quilalebo, vino a renovar su oferta a la hermosa española.

Maria lo rechazó indignada.

—Sé que os debo, le dijo con ademan altivo, todas las desgracias que han caido sobre mi; esto bastaba para que os aborreciera si un secreto instinto no me hubiera hecho odiaros desde os vi. Para que no insistais mas en molestarme con vuestras impertinencias, i salgais en el acto de aqui, os declararé que amo a Quilalebo.

—¿Que amais a Quilalebo, decis? replicó el indio con la mirada centellante i el rostro contraido por la espresion de un odio salvaje; i me lo decis a mí.... Despreciais a Maulican por Quilalebo; pues bien! Maulican os probará cual de los dos vale mas. Me vengaré de vos i de él!

I el toqui salió del rancho de la jóven llevando un infierno en el alma i dejando a la española aterrada i sumerjida en amargo llanto.

En vano el buen religioso, su mejor amigo i su confidente, procuró consolarla. Ella sabia que Maulican era un indio feroz i que nunca dejaba de cumplir sus promesas.

VII.

Los araucanos estaban de desgracias. Las tropas españolas los derrotaban en todas partes.

Maulican abrigaba el propósito de hacer un llamamiento a todas las tribus con el objeto de precipitar un ejército formidable contra los invasores i agobiarlos con la fuerza del número.

Pero, ántes de hacerlo, quiso reunir en *lepum* o consejo de guerra a todos los caciques subalternos que militaban bajo sus órdenes.

Reunieronse éstos el día fijado en el rancho del toqui.

Este les hizo una relacion de todos los sucesos de la campaña, manifestándoles que en su concepto creia llegado el caso de dar un golpe atrevido que pudiera resarcirles de todas sus pérdidas anteriores.

—No podemos consentir, añadió el toqui, que la herencia de nuestros mayores se pierda en nuestras manos. Por mi parte, preferiria morir mil veces antes que cargar con semejante humillacion i con las maldiciones de mis hijos.

—Moriremos! gritaron a una todos los caciques.

—Solo en el último caso, replicó Maulican, porque antes es preciso combatir con la firme resolucion de vencer.

—¡Venceremos! volvieron a gritar los jefes.

—Yo tambien lo espero, añadió el toqui; pero para vencer es preciso que reunamos un numeroso ejército; levantar no solo la Araucanía, sino tambien las tribus del otro lado de la cordillera.

—Les enviaremos emisarios, dijo el cacique Paylamacho.

—Tú te encargarás de serlo, añadió el toqui.

El cacique se inclinó.

—¿Porqué no ha venido Quilalebo? preguntó otro de los asistentes.

—No ha vuelto aun de una expedicion que yo le encomendé, contestó el toqui.

—Hubiera sido mui conveniente oír su parecer, añadió el primero; siempre da consejos prudentes.

—¿I qué podría ocurrirse a mi hermano Quilalebo, respondió el toqui con voz áspera, que no se ocurra a la asamblea de los valientes jefes de mi nacion?

Nadie contestó i reinó por algunos momentos un silencio profundo.

El matchi, que hasta entónces se habia mantenido medio oculto en un rincon del rancho, avanzó con paso lento hasta el centro del circulo que formaban los caciques.

—¿Qué tiene que decirnos el santo matchi? preguntó Maulican; ¿tiene algo que comunicarnos en nombre de los divinos espíritus?

—Sí, contestó el matchi, sin levantar los ojos del suelo i manteniéndose con los brazos cruzados.

—Que hable entónces, que nosotros oiremos i obedeceremos.

Entónces el matchi hizo traer el carnero que se acostumbra inmolarse en los sacrificios, i unas cuantas ramas de laurel. Atado el carnero i plantadas las ramas en el suelo, el hechicero encendió una pipa de tabaco de la cual aspiraba bocanadas de humo para sahumar con ellas las ramas de laurel.

Hecho esto, tomó un cuchillo, abrió con él el carnero i le arrancó el corazon que clavó en el acto con una ramita de canelo, sahumándolo con el mismo humo de la pipa i chupándole la sangre que de él manaba.

En seguida sahumó todo el aposento, dió tres vueltas a su alrededor, se inclinó a encender una pasta que produjo un humo espeso que lo envolvió completamente, despues de lo cual cayó al suelo i continuó en él dando saltos como atacado de epilepsia i arrojando espuma por la boca.

Los indios lo dejaban hacer con un supersticioso respeto.

De repente la voz del matchi se elevó lúgubre, cavernosa i comenzó a decir:

—Pillan está irritado con sus hijos.... Serán vencidos i aniquilados sino le ofrecen sacrificios.... El rostro del grande espíritu revela un justo enojo.... Exije el sacrificio de dos huincas.... una jóven hermosa i pura i un varon.... Dos victimas.... dos victimas humanas exige Pillan.... para dar la victima a sus hijos....

Calló el matchi, dió todavía algunos saltos i despues se soscó poco a poco hasta que quedó en la mas completa inmovilidad.

Los caciques, entre tanto, conferenciaban en voz baja.

Cuando el hechicero abrió los ojos i se levantó, el toqui le dijo:

—Los deseos de Pillan serán satisfechos; se le inmolarán las victimas que exige. El santo matchi se encargará de escojerlas.

Los caciques comenzaron a retirarse. El último que salió fué Maulican que, al llegar a la puerta, alargó al matchi una pequeña bolsa con dinero diciéndole:

—La otra mitad cuando completes la obra.

VIII.

Quilalebo no habia vuelto aun a su regúe i María lo esperaba con ansiedad.

Una mañana en que apesar de ser invierno volvia de tomar su baño,—costumbre que habia adquirido durante su residencia entre los indios que se bañan en las mañanas de todos los dias del año,—oyó ruido en la especie de poblacion formada por los ranchos.

Luego vió que los indios salian bailando i tocando como cuando marchaban al encuentro de su cacique.

Maria apresuró el paso porque creyó que era Quilalebo el que llegaba de su expedicion.

Se habia engañado. Los indios hacian aquellas demostraciones de júbilo al matchi que acababa de llegar, lo que era considerado por ellos como una felicidad que raras veces se les concedia.

El matchi avanzaba con paso grave entre la multitud, llevando los brazos cruzados sobre su pecho. Cuando divisó a Maria que se acercaba no pudo ménos que dirigirle una mirada profunda.

Se le hospedó en el rancho del cacique aunque el declaró que no era necesario pues solo, pensaba permanecer hasta medio dia en aquel lugar. Dió órdenes, si, para que todos se reuniesen a las puertas de su habitacion, indios i prisioneros.

Cuando comunicaron esta orden a Maria quiso resistirse, pero el padre Saa,—que así se llamaba el religioso franciscano,—le dijo.

—Será en vano que te resistas, hija mia; porque te llevarian por fuerza.

—Pero ¿no estoy yo aquí bajo la proteccion de Quilalebo?

—Aunque fuera el mismo toqui el que te protejia. Cuando el matchi habla, todos, principiando por los jefes, se apresuran a obedecerle, porque de otro modo creerian incurrir en las iras de su dios.

—Vamos, pues, padre, dijo Maria resignada.

—Vamos, hija mia, i quiera Dios que de la venida de este charlatan no nos resulten graves males.

Cuando llegaron al rancho del cacique ya estaban los indios todos agrupados a sus puertas.

Poco despues apareció el hechicero i la multitud guardó silencio.

—El poderoso i valiente toqui, Maulican, dijo, me ha enviado a vosotros para anunciaros que se prepara una gran expedicion contra los huincas. Aprontad, pues, vues-

tras armas, porque ha de llegar mui pronto el dia de la pelea.

Hizo aquí una pausa i continuó despues con voz sorda:

—Ademas Pillan ha ordenado que se le sacrifiquen dos victimas humanas para mantenerlo propicio, indicándome que le serian mui agradables una *ileha* hermosa i pura i un *patero*. El mismo me ha revelado que aquí los debia encontrar i vengo a llevarlos.

Aunque Maria no comprendia bien el idioma en que hablaba el matchi, entendió lo bastante para saber que se trataba de un sacrificio humano i que se venia a buscar las victimas.

Estaba, pues, casi sin aliento cuando el hechicero acercándose a ella i poniendo las manos sobre su cabeza i sobre la del religioso en cuyo brazo se apoyaba, dijo:

—Estas dos son las victimas que exige Pillan i ya le pertenecen. Desgraciado del que se atreva a tocarlas!

Los indios dieron un salto hácia atras para alejarse de Maria i del sacerdote español, mientras aquella caia inerte al suelo apesar de que este murmuraba a su oido:

—Valor, hija mia, i espera en Dios!

Cuando Maria volvió en si gritó, lloró, se desesperó, dijo que era la esposa de Quilalebo i que no podia sacrificársela; pero todo fué en vano.

Los indios la compadecian porque la jóven se habia hecho amar de ellos por su amabilidad; mas quién se hubiera atrevido a incurrir en la cólera de Pillan?

La fuerza de su desesperacion i la idea de su próxima muerte abatieron por fin a Maria hasta el punto de que ya no se la vió llorar ni desesperarse. Ni aun opuso resistencia cuando los compañeros del matchi se apoderaron de ella para llevarla al lugar en que resilia el toqui, que era donde debia verificarse la inmolacion.

El religioso caminaba a su lado con la vista clavada en el suelo. Por el movimiento de sus labios se comprendia que iba dirigiendo al cielo fervientes oraciones.

Llegados al regüe del toqui, despues de muchos dias de camino, porque Maulican habia establecido su residencia a orillas del mar a poca distancia de Concepcion, seguro como estaba de no ser atacado por ser invierno, se alojó a las dos futuras victimas en un mismo rancho, del cual se constituyó guardian el mismo matchi.

—Pobre hija mia! decia el buen padre a la jóven, tendrás suficiente valor para resistir a la prueba?

—Sí, padre, contestaba Maria llorando; al ménos espero tenerlo.

I la jóven entraba en un delirio penoso durante el cual pronunciaba muchas veces el nombre de Quilalebo.

Un dia, cuando solo faltaban dos para el sacrificio, despertó mas serena, hizo llamar al padre i le dijo con voz segura:

—Padre mio, os he llamado para pedir os un servicio; ¿me lo hareis?

—Si de mí depende ¿puedes dudarlo?

—Pues bien, padre, procurad salvarlos; vos sois hombre, tenéis fuerzas i podreis escapar.

—Imposible, hija mia, estamos severamente vijilados; i aunque no lo estuviéramos, siempre lo seria porque me darian alcance ántes de llegar al Bio-Bio.

—Probad, padre; de todós modos sereis sacrificado.

—¿I cómo podría tener valor para abandonaros, hija mia? Nó, quedaré aquí para sostenerte en el difícil trance.

—Dios me ha dado suficientes fuerzas, i creo que tendré mas valor si muero con la idea de que os habeis salvado.

—Pero ya te he dicho que esa es una quimera.

—Por tierra sí, pero no por mar.

—¿Cómo?

—¿No está cerca el mar?

—Sí.

—Probad a huir por ahí. Los indios no tendrían dificultad para dejaros en libertad por ese lado i tendriais tiempo para ponerlos en salvo.

—Ilusion, hija mia!

—Probad, padre; si conseguís escaparos, como yo lo espero, con la ayuda de Dios, quizas podriais salvarme, induciendo a los españoles a que hiciesen un supremo esfuerzo para arrancarme del poder de estos bárbaros.

El buen religioso vaciló.

—Lo probaré, dijo, despues de un rato de meditacion, i salió.

Volvió mui pocos momentos despues. En su rostro revelaba un desaliento profundo.

—¿Os han negado el permiso? preguntó Maria al verlo.

—Nó, me lo han concedido.

—¿Cómo pareceis triste, entónces? repuso la jóven con júbilo.

—Porque veo que voi a acometer una empresa loca.

—Dios os ayudará, padre, i os dará fuerzas para salir de todos los peligros.

—No son los peligros que yo voi a correr los que me arredran, repuso el sacerdote, son aquéllos a que quedas espuesta tú. ¿Quién será el protector de tu inocencia i de tu virtud en medio de estos bárbaros que nada respetan? ¿Quién te infundirá aliento i valor cuando te conduzcan al sacrificio?

—Dios, padre, Dios! interrumpió la jóven con voz firme. ¿Temeis que él me abandone?

—Nó, ciertamente.

—Entónces, marchad, padre; quien sabe si esta idea ha sido inspiracion suya para que nos salvemos ámbos.

—Iré, hija mia, iré.

I el buen anciano, derramando gruesas lágrimas, echó sus brazos al cuello de Maria.

Despues, ámbos se arrodillaron i dirijieron al cielo una plegaria ferviente que no pasaba por los labios porque partía directamente del corazon.

Paráronse despues, fortalecidos un tanto con aquella breve oracion.

—Adios, hija mia! dijo el anciano. Ten valor i confianza en Dios i recibe mi bendicion.

La jóven se arrodilló nuevamente.

El sacerdote dirijió entónces al cielo una mirada sublime de fé i de esperanza, i bendijo a aquella pobre niña cuyo destino habia sido tan triste en el mundo i que iba a terminar su vida en medio de un atroz sacrificio.

—Señor, dijo, dadle fuerzas, protejed su inocencia, no la abandonéis a su debilidad. Que sea vuestra bendicion la que reciba cuando le doi la mia!

El anciano sollozaba: Maria derramaba sus lágrimas en silencio.

—Adios, padre! dijo levantándose; Dios os guiará, adios!...

I se separaron despues de haberse abrazado nuevamente.

IX.

Dirijióse el padre hácia el mar i al llegar a su orilla encontró arrojada en la playa una balsa pequeña i por lo mismo

incapaz de resistir las furias del mar. Mas, como la última esperanza es tan difícil de perder, el religioso se aferró a ella como el náufrago al pedazo de madera que puede mantenerlo a flote por mui cortos instantes.

Oró una vez mas i con ánimo resuelto echó la balsilla al agua, se colocó sobre ella i dándole impulso con unos palos de que se había provisto para remar, se dejó llevar por la corriente (1).

Remando, luchando porfiadamente con las olas, haciendo esfuerzos increíbles por dar direccion a aquellas maderas que apénos lo mantenian a flote, pudo llegar despues de algunas horas a la isla de Santa Maria.

El viento le había sido favorable; sinembargo al tocar la tierra se sentia estenuado, desfallecido i sin tener nada con que reparar sus agotadas fuerzas.

Sinembargo, el primer paso estaba dado i era preciso continuar.

Echóse al mar nuevamente i llegó hasta la desembocadura del Bio-Bio. Un esfuerzo mas i estaba en tierra.

Hízolo el misionero: pero en el acto mismo i como invocado por un jenio malféfico, levantóse un recio norte que lo impulsó nuevamente aguas adentro i lo arrojó a Chivilingo. Era una suerte que las olas no hubiesen arrebatado la balsa i llevádola mar adentro a sumerjirse en las profundidades del abismo.

Volvió nuevamente a la empresa con el mismo ánimo, i por innumerables veces durante siete dias de esfuerzos sobrehumanos i de un trabajo que asombra, las olas i los vientos se complacian en prolongar la agonía del misionero llevándolo de la boca del Bio-Bio a Chivilingo, i de Chivilingo a la boca del Bio-Bio.

En el último viaje, cuando ya había perdido todas sus fuerzas, una ola lo sacó de la balsa. El pobre náufrago hizo un esfuerzo desesperado, i cuando ya llegó a creer que todo había concluido, sus pies entumecidos tocaron la tierra.

Esta vez había llegado a la playa, pero desnudo, hambriento i casi sin fuerzas para dar un paso.

Allí mismo tendido en el suelo arrancó con increíble trabajo algunas yerbas que comió con apetito devorador.

(1) Este hecho, es histórico i en todas sus partes verdadero.

Echóse en seguida a andar. Siete dias duró su peregrinacion por aquellas rejiones, hasta que al fin llegó con los piés desollados, agonizante casi, a orillas del Bio-Bio, frente a frente de Chepe que se divisaba en la otra orilla.

Dió entónces gritos de socorro, que parece que fueron oídos del otro lado.

«No pudieron pasar por mí aquella tarde, dice el mismo héroe de este interesante episodio en una carta que escribió a otro religioso, refiriéndole estos hechos; encuéntranme dos indios que se iban de nuestra tierra huidos a los enemigos i quisieron llevarme otra vez al cautiverio, pero a fuerza de ruegos i de súplicas me dejaron libre. I como estaba desnudo i tan desmayado me traspasó el frio i me pasmó de suerte que allí me quedé sin sentido i así me hallaron en la mañana i me llevaron al fuerte de Chepe, donde pasé dos dias sin volver en mí.»

El misionero se había salvado. Entretanto ¿qué había sido de Maria?

Esta fué la pregunta que el padre Saa se hizo al volver en sí, quedando convencido de que ya la pobre jóven habría sido inmolada.

Los españoles, pues, nada intentaron por salvarla, ciertos casi de que iban a empuñarse en una empresa inútil.

(Concluirá.)

MÁXIMO R. LIRA.

LA SINCERIDAD DE UN MATERIALISTA.

Mi condiscipulo Daniel era en mis buenos tiempos de estudiante un buen muchacho apesar de su jenio inquieto i de sus avanzadas ideas en religion.

Ciertamente que estas cualidades, mui apreciadas, sobre todo, en los primeros años, le habrian granjeado un gran prestigio entre nosotros, si hubiera logrado ser tan hábil estudiante como empecinado i eterno disputador. Daniel, sinembargo, no pasó de una medianía, lo que contribuyó sin duda a no conquistarse muchos prosélitos en su propaganda.

Primero le faltaban a Daniel sus libros de estudios que no un volúmen de Voltaire u otros libres pensadores. Frecuente-



N. 155.

LA ESTRELLA DE CHILE.

18 DE SETIEMBRE DE 1810.

VIVA CHILE!!

AL SOL DE SETIEMBRE.

Símbolo de patrióticas, de grandes alegrías
En nuestro cielo vemos brillando una vez mas
El sol de los recuerdos de nuestros grandes dias,
El sol de los recuerdos de una gloriosa edad.

Tú viste ¡oh sol! cuán ruda fué la primer jornada
Cuando la patria el yugo de la opresion rompió,
Cuando esta tierra virgen a torrentes regada
Con sangre jenerosa de mártires se vió.

Despues de aquellos dias de sin igual fatiga,
Despues de aquella luchatan dura i tan tenaz,
La Providencia a Chile tendió su mano amiga
I entramos por la senda del orden i la paz.

Progreso i paz! son esos nuestras conquistas nuevas,
Son esas las victorias que ansiamos obtener,
Oh sol! cuando el esfuerzo de las primeras pruebas
Vienes a recordarnos espléndido otra vez.

MÁXIMO R. LIRA.

SUMARIO.

Una esplicacion.—Poesías.—A orillas del Bio-Bio, conclusion.—Libertad de enseñanza superior.—Charada.

UNA ESPLICACION.

Contra lo que algunos de nuestros lectores hubieran deseado talvez, nos hemos mantenido en una actitud de estricta neutralidad en presencia de la gran cuestion que tanto ha agitado a los católicos del Viejo Mundo.

Esa fué la resolucion que tomamos desde el primer momento i en que vino a afirmarnos mas la conducta en un todo igual a la nuestra observada por nuestro colega de *El Independiente*. Como éste lo ha hecho ya en su número del 14 del presente, vamos tambien nosotros a dar nuestras esplicaciones.

Tenemos sobre el papel que los laicos deben hacer en la Iglesia católica una idea mui diferente de la que parece predominar entre nuestro correligionarios de Europa.

Creemos que la facultad de enseñar i discutir las doctrinas católicas pertenece esclusivamente a la Iglesia docente; que a los simples fieles cumple escuchar i creer cuando haya hablado aquella. Mui buenas razones e intenciones mejores todavia atribuimos a los católicos europeos que han tomado una parte tan activa en la ruidosa discusion del dogma de la infalibilidad pontificia; pero juzgamos reprehensible o por lo ménos lamentable el que tanto los defensores como los impugnadores del dogma hayan llegado por el camino de la violencia i la exajeracion hasta crear como dos bandos en el seno de la comunión católica.

Por nuestra parte, hemos creído siempre en el majisterio infalible i la supremacia concedida a San Pedro i sus sucesores en el pontificado por N. S. Jesucristo; pero, no habiendo recaído sobre este punto una definicion dogmática, hemos creído que mientras ésta no se hiciera, debía respetarse la opinion contraria de algunos Padres del Concilio. Por eso nos hemos abstenido de colocarnos en son de combate ni en las filas de los sostenedores del dogma ni en las de sus impugnadores.

La Iglesia ha hablado, por fin. Ante su fallo infalible, dictado por el mismo Espiritu Santo todo católico debe inclinar la frente.

La discusion debe ceder su lugar a la mas humilde i sincera sumision. No habrá ya esa causa de discordia i division entre los católicos; todos, lo esperamos i lo pedimos a Dios de todo corazon, rendirán a la verdad divina el homenaje del sacrificio de sus propias opiniones.

Los EE.

POESIAS.

EL DIEZIOCHO DE SETIEMBRE.

ODA.

I.

Dieziocho de setiembre, hermosa fiesta
De Chile, alegre dia
Que nos viste lanzar el grave yugo
De antigua tiranía

Cánticos te celebren de victoria
Que blanda el aura lleve
Desde la verde playa hasta las cumbres
Coronadas de nieve.

Desde el desierto en que animal ni planta
Viven i solo suena
La voz del viento, que silbando empuja
Vastas olas de arena,

Hasta donde la espuma austral tachonan

EL POETA.

Oh! niño i cuánto mas que tú apetezco
La paz de mi alma, triste, desolada....
Niño, yo hasta de lágrimas carezco.
Canté cual la cigarra en la alborada....
Tan solo el cisne al borde de la fosa....
Pero hablemos amigo de otra cosa....

Agosto de 1862.

ZORCABEL RODRIGUEZ.

A ORILLAS DEL BIO-BIO

(ESCENA DE LA VIDA ARAUCANA)

X.

Volvamos al campo de los araucanos.

Llegada la noche i viendo que el misionero no volvía de su paseo a orillas del mar, fueron algunos indios en su busca. Éstos volvieron pronto diciendo que por ninguna parte se le hallaba.

Enviáronse nuevos exploradores en todas direcciones, los que recorrieron los campos inútilmente porque el *patero* no pudo ser encontrado.

Convencidos los indios de que el español no había podido fugarse, creyeron que se había echado al mar para escapar así el suplicio que se le esperaba.

Pero, de todos modos, era éste un contratiempo porque ya Pillan había declarado que necesitaba el sacrificio de un *patero* i era preciso contentarlo para asegurarse su benevolencia.

Se aplazó, pues, el sacrificio, enviándose emisarios que fueran a traer otro misionero que se decía tenía en su poder un cacique de Valdivia.

Maria, entretanto, había dado fervientes gracias a Dios por haber permitido que su compañero pudiese salvarse.

Pero el socorro esperado no llegaba i el misionero no podía haber olvidado sus promesas. Tampoco parecía Quilalebo a quien se decía no había permitido volver una enfermedad que lo había tenido a las puertas de la muerte.

El hecho es que pasó un mes hasta que llegaron los emisarios que habían ido a Valdivia, i que volvieron trayendo solo el cadáver de un pobre sacerdote anciano, cautivo hacia muchos años; i que no había podido resistir a las fatigas del viaje.

El *matchi* declaró que Pillan quedariase tísfecho si se quemaba el cuerpo del *patero*.

Hiciéronse, pues, los preparativos del sacrificio. Eleváronse dos inmensos montones de leña donde debían ser quemadas las víctimas que exigía el apetito del dios.

Maria, resignada hacia mucho tiempo con su suerte, supo sin notable emoción que al día siguiente debía ser quemada viva. Pasó, si, toda la noche orando arrodillada al pié de una cruz de palos que ella misma había formado.

Llegó el día del sacrificio. Los indios estaban agrupados en inmensa multitud al rededor de las hogueras. Algunas indias bailaban, otras tocaban sus tamboriles i el *matchi* hacia las ceremonias del caso.

Dos mocetones condujeron cada uno de un brazo a Maria al lugar de la inmolacion. Iba tan serena que parecía haber perdido la conciencia de lo que pasaba en torno suyo.

Antes de subir a la hoguera, Maulican se acercó a la joven i le prometió salvarla si consentía en ser su esposa.

Maria no respondió. Quizas no había oído las palabras del toqui.

Perfumada la víctima con el humo de las pipas, se la colocó sobre el monton de leña, siendo imposible lograr que se mantuviese en pié.

Los tamboriles de las indias sonaron con mayor fuerza, los bailes recomenzaron con un furor loco, el *matchi* dió sus tres vueltas al rededor de la hoguera.

Acercábase ya a prenderle fuego, cuando se precipitó entre el grupo de indios, con la velocidad de la avalancha desprendida de la cumbre de las cordilleras, un jinete que hizo rebotar su caballo al pié mismo de la hoguera.

Era aquel el cacique Quilalebo.

Ver a Maria, dar un grito feroz como el rujido de una pantera, lanzarse sobre el *matchi*, que ya había prendido fuego a la leña, estrangularlo en ménos de un segundo, i caer de golpe al suelo como herido por un rayo, todo fué uno.

En el acto los indios se precipitaron huyendo en todas direcciones con discordantes alaridos. Huían de la cólera de Pillan que así castigaba con una muerte súbita al audaz que había puesto una mano sacrilega sobre el *matchi*.

I los indios huían porque pensaban que

la cólera del dios iba a caer tambien sobre ellos por no haberlo defendido.

La hoguera seguia ardiendo i Maria hubiera sido consumida por las llamas, porque habia perdido el sentido, si un indio no la hubiera escalado precipitadamente i se hubiera lanzado de un salto al suelo llevando en sus brazos a la jóven desmayada.

Aquel indio era el cacique Maulican que echó a correr con su preciosa carga desapareciendo poco despues.

Quilalebo era, pues, el único que habia permanecido en el lugar del sacrificio.

Pasaron dos, cuatro, seis horas i el indio no volvia en si. ¿Habia muerto?

Nó, porque al fin principiò a moverse, incorporándose despues de un largo rato.

Su primera accion fué llevarse las dos manos a la frente.

—Se me salta! exclamó.... Pero ¿dónde estoi?

Hizo un poderoso esfuerzo para ponerse de pié i lo consiguió al fin.

—¿Dónde estoi?... Cenizas!.... ah!

I el indio volvió a lanzar otro grito de desesperacion infinita.

—Muerta! muerta!.... quemada! exclamaba corriendo como loco por el campo con una velocidad inverosímil.

I así siguió por entre los zarzales desgarrándose los piés i el cuerpo todo con las espinas, en las cuales quedaban colgados los jirones de su vestido.

—Quemada!.... quemada! volvia a exclamar i seguia corriendo con nueva velocidad, sin direccion fija, dando saltos prodijiosos cada vez que encontraba una zanja o un peñasco que le interceptasen el paso.

¿Cuántas horas corrió así el desgraciado Quilalebo? No lo sabemos.

Por fin, el cansancio, el frío de la noche le hicieron recobrar un tanto el juicio, i entónces notó que le seguian.

—¿Quién me sigue? gritó deteniéndose repentinamente.

Oyóse un ruido entre las yerbas, luego un relincho prolongado, i se vió aparecer en fin un caballo negro como la noche que se detuvo al alcanzar a Quilalebo.

—Ah! eras tú, mi fiel amigo, exclamó el cacique acariciando al brioso animal que piafaba de contento;.... bien! tu me llevarás al lugar donde deba morir!

I se precipitó de un salto sobre el caballo, i recommenzó así una carrera loca,

vertijinosa, fantástica a traves de los campos.

Llegó al Bio-bio i lo pasó a nado.

I despues siguió en su carrera hasta que el jeneroso bruto dió un relincho doleroso, vaciló i cayó.

Habia muerto.

—¿Conque es aquí donde debo morir? exclamó Quilalebo. Bien, sea!

I lanzó al cielo una mirada de reto insensato i de espantosa blasfemia.

En ese instante, sintió que llegaba a sus oídos un sonido claro, argentino, vibrante.

Quilalebo se detuvo i miró hácia el lugar de donde partia el sonido.

Divisó una luz.

Parecióle que aquella luz i aquel sonido llamaban con una voz parecida a la de una secreta esperanza.

—Vamos allá! se dijo, i empezó a andar.

Anduvo media hora.

Mientras mas se acercaba al lugar de donde salia el sonido i donde brillaba la luz, el bulto informé que habia divisado primero iba tomando formas definidas.

Poco despues oyó que del interior de aquel edificio iluminado partia el eco de muchas voces, dulces, tranquilas, apacibles, que le llegaban hasta el alma.

Avanzó mas i entró en un templo.

Embriagado por el canto de los religiosos que entonaban sus maitines, deslumbrado por las luces que brillaban en el tabernáculo, calló de rodillas i luego tendido en el suelo desmayado.

XI.

El lugar adonde habia llegado Quilalebo era un convento que existia en aquel tiempo, distante de Concepcion una legua i media i habitado por religiosos franciscanos.

Los buenos frailes prodigaron al indio toda clase de auxilios, logrando, despues de infinitos esfuerzos, hacerlo volver en si.

El primer rostro que el cacique vió a su lado fué el venerable, padre Saa que lo habia reconocido desde el primer momento.

Quando el indio estuvo suficientemente restablecido, se refirieron mutuamente los sucesos que habian pasado sobre ellos, lloraron juntos la muerte de Maria i el cacique recibió el bautismo de manos del anciano sacerdote.

Quilalebo hizo mas aun. Como queria permanecer asilado en aquel convento durante el resto de sus días, vistió el hábito que llevaban los padres, únicamente por devocion.

Sin embargo, cada mes pedia permiso i permanecia ausente durante ocho dias por lo ménos del convento.

¿Qué hacia durante ese tiempo el ex-cacique? Nadie lo sabia, aunque si se habia averiguado que no los pasaba en la ciudad.

Habian trascurrido dos años. Los indios estaban diezmadados por una guerra intestina que habia principiado desde la desaparicion de Quilalebo, porque los parientes de éste acusaban a Maulican de haberlo asesinado, celoso de su prestigio.

Entretanto, en el campo aquél en que tuvo lugar el sacrificio que hemos referido hace poco, aparecia cada mes en el día aniversario de la inmolacion, una sombra que se arrodillaba en el lugar mismo en que se elevó la hoguera que consumió el cuerpo del anciano misionero i que debió consumir tambien el de María.

Los indios creian que aquella sombra era el espectro del matchi que venia a la tierra a pedir venganza, i no pasaban jamas por aquel lugar porque lo creian maldito.

Al caer de una tarde del mes de octubre, justamente la del día de la aparicion del fantasma, llegó cerca de aquel lugar un indio que se emboscó entre los árboles i permaneció allí inmóvil durante mas de dos horas.

Principiaba a alumbrar la luna cuando el indio oyó un ligero ruido que le hizo levantar la cabeza.

Miró, i a la luz de la luna vió que llegaba una especie de espectro que vestia hábito franciscano, que se detenia en un lugar dado, se arrodillaba i, lanzando un profundo suspiro, exclamaba:

—María! aquí me tienes otra vez; vengo a hacerte mi acostumbrada visita.

Probablemente era esto lo que esperaba el indio oculto entre los matorrales, porque se levantó murmurando estas palabras:

—Ya lo habia adivinado!

Avanzó despues en silencio hasta que llegó a ponerse detras del fantasma que decia:

—Pobre María! cuando te volveré a ver!

Estendió entónces el indio una mano i la colocó sobre el hombro del fantasma.

Este dió un salto como movido por un poderoso resorte i, volviéndose hácia su misterioso interlocutor, exclamó con voz robusta:

—¿Quién eres tú, que así vienes a perturbar las oraciones que se hacen por los muertos?

—Mirame bien i me conocerás, dijo el otro con voz dulce.

—Maulican! exclamó el fantasma dando un nuevo salto hácia atras.

—Sí, Maulican, que viene a ver a su amigo Quilalebo.

—Mi amigo, tú!.... Ah! di mas bien que vienes a gozarte en laagonia de tu víctima.... Quemaste a María; dime ahora ¿qué quieres de mí?

—Oyeme Quilalebo, i óyeme en calma.

—Ah! temo que no voi a ser bastante dueño de mí mismo i que voi a estrangularte aqui lo mismo que estrangulé al otro.

—I bien ¿por qué no lo haces? exclamó Maulican avanzando un paso con los brazos cruzados.

—Te oigo, dijo Quilalebo, pero se breve. Hubo un segundo de silencio.

—Seré tan breve, que en dos palabras voi a decirte cuanto necesito de ti. Tu debes saber que tus parientes, creyéndote asesinado por mí, me han movido una guerra desastrosa que está diezmando nuestras fuerzas en provecho de nuestro eterno enemigo. Lo que quiero de ti es que te presentes ante ella para hacer cesar la causa de estos funestos desmanes.

—Imposible! murmuró Quilalebo.

—Imposible! ¿Por qué?

—Por qué he dejado de vivir para el mundo.

—Pero no puedes, añadió Maulican, haber dejado de tener corazon para que veas indiferente la destruccion de tu patria la ruina de tus hermanos.

Quilalebo vaciló.

—Te lo exijo en nombre de ellos, dijo Maulican con acerto enérgico; ¿te negarás aun?

—Nó, contestó Quilalebo; te sigo.

—Pues bien, sube a caballo i sígueme.

En breve Quilalebo tuvo una entrevista con sus parientes, los que naturalmente debieron convencerse de que no habia sido muerto pues aun vivia.

Arreglado este asunto, Quilalebo trató

de volver a su convento, i Maulican quiso acompañarlo hasta la márjen del Bio-Bio. Habia ordenado que su comitiva le siguiese a alguna distancia.

Cuando llegaron a las márgenes del río, Maulican detuvo a su compañero i le dijo con voz temblorosa por su emoción.

—Acabas de hacer un sacrificio que prueba la jenerosidad de tu corazón i una acción noble que no puede quedar sin premio.... Maria no ha muerto.

—Que no ha muerto, dices! exclamó Quilalebo con angustia.... i quien la salvó de la hoguera?

—Yo que la amaba, yo que te aborrecia por que ella te amaba a ti, yo que me reconocí despues indigno del amor de una mujer como Maria, yo que te la devuelvo ahora pidiéndote perdon por todo el mal que te he causado.

Quilalebo se echó al cuello de Maulican, éste lo estrechó llorando entre sus brazos i se alejó rápidamente.

Cuando Quilalebo se volvió para ver por dónde habia partido Maulican, solo se encontró con dos mocetones que conducian a Maria.

XII.

Hai escenas indescriptibles i una de ellas es la que pasó entre Maria i Quilalebo cuando se encontraron despues de haber llorado su eterna separacion.

Nosotros renunciámos gustosos a pintarla porque nos creemos incapaces de hacerlo.

Diremos solo, para concluir, que la union de Maria con el ex-cacique fué bendecida por el padre Saa i que el capitán inválido no murió sin haber visto un nieto.

Los dos esposos edificaron una casita a una cuadra del convento i allí vivieron.

Maulican el valiente toqui en quien se mezclaban tantos feroces instintos con tantas nobles cualidades, recibió un día un mensaje concebido en estos términos:

«Cuando Maulican se cansé de su vida aventurera, cuando se sienta sin ambicion, hastiado del mundo, agobiado de pesares, venga a la casita que se eleva al pié del convento de franciscanos que existe a orillas del Bio-Bio, i allí encontrará dos hermanos.»

Firmaban Quilalebo i Maria.

MÁXIMO R. LIRA.

LIBERTAD DE ENSEÑANZA SUPERIOR.

(TRADUCCION.)

I.

Para abreviar lo que querria decir sobre la actual organizacion de la enseñanza, nada mejor, que trascribir el resumen que ha hecho de ella M. Jourdain en su informe sobre el progreso de la instruccion pública.

«En la cúspide de la jerarquia está colocado el ministro. Al lado del ministro están dos consejos, el consejo imperial de instruccion pública i el consejo superior de perfeccionamiento de la instruccion secundaria especial.

«El consejo imperial puede ser llamado a dar su informe sobre toda clase de cuestiones. Es necesariamente consultado sobre los reglamentos de estudios i sobre la creacion de las facultades, liceos i colejos. Se pronuncia en última instancia, como tribunal, en los asuntos que conciernen al ejercicio del derecho de enseñar.

«Veinte inspectores jenerales, ocho para la enseñanza superior, ocho para la enseñanza secundaria, cuatro para la enseñanza primaria, tienen la mision de visitar las escuelas del imperio.

«Las diez i siete academias entre las cuales se divide el actual territorio de Francia son administradas por otros tantos rectores, asistidos por inspectores de academia e inspectores de las escuelas primarias.

«Al lado de cada rector hai un consejo académico, cuya especial atribucion es velar por la conservacion de los buenos métodos i de la disciplina en los colejos comunales, en los liceos i en los establecimientos de instruccion superior de su jurisdiccion.

«La enseñanza primaria, en lo tocante a su parte administrativa, está bajo la autoridad de los prefectos.

«En cada departamento un consejo, que preside el prefecto, dá sus informes sobre las cuestiones relativas a las escuelas primarias i se pronuncia en primera instancia sobre los asuntos disciplinarios o contentiosos que conciernen a los establecimientos libres i a la práctica del derecho de enseñar.»

En cuanto a la libertad de enseñanza, que existe para la instruccion primaria, no